

ÁNGEL MA. GARIBAY K. (1892-1992), EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Nuestra revista *Estudios de Cultura Náhuatl* nació bajo la inspiración y la sabia directiva del maestro Garibay. Pudo él ver impresos los siete primeros volúmenes de ella en todos los cuales se incluyó una colaboración suya. Ahora, a veinticinco años de su muerte y cien de su nacimiento, queremos recordarlo. La perspectiva del tiempo nos confirma en la persuasión de que fue él un genuino humanista que redescubrió con sentido crítico el valor universal y la gran riqueza del legado literario de los pueblos nahuas. Al evocar la memoria del maestro, constatamos con alegría que, como él lo deseó, son hoy ya muchos los que en México y en otros lugares de la tierra siguen por la senda que él abrió.

Y también podemos adelantar que se conservan en repositorios como la Biblioteca Nacional de México algunos manuscritos suyos que están en proceso de ser editados por estudiosos de la lengua y cultura nahuas. Ángel Ma. Garibay se tornará así presente entre nosotros de esta nueva forma. Para quienes lo conocieron y asimismo para los que no tuvieron esa suerte, traeré aquí al recuerdo algo de lo más sobresaliente en la vida de don Ángel, a quien tuve la fortuna de frecuentar a lo largo de muchos años.

Infancia y juventud

Ángel María Garibay Kintana nació en la ciudad de Toluca el 18 de junio de 1892. Fue segundo hijo del matrimonio formado por don Manuel Garibay y doña María de la Soledad Kintana. La familia Garibay vivió siempre en forma sencilla. "Mi padre —así se expresaba don Ángel— era hombre de condición modesta; era un obrero, un mecánico, aunque, eso sí, de grande habilidad." La familia integrada por el matrimonio, una hermana mayor, María de la Luz, Ángel María y Natalia, la más pequeña, se había establecido en el pueblo de Santa Fe, en las orillas del Distrito Federal. Allí pasó su

infancia el padre Garibay. De ese tiempo data la siguiente anécdota que será como un símbolo en su vida. Ángel María tenía aproximadamente cinco años. Curioso e interesado por saberlo todo, recogía cuanto papel impreso veía a su alrededor. Iba luego en busca de su hermana mayor para pedirle que le leyera lo que decía el papel. Tantas veces importunaba con esto a su hermana, que un día la madre le dio un consejo válido para el resto de sus días:

No ande preguntando, le dijo, aprenda a leer y usted mismo sabrá lo que dicen los papeles.

Ángel María aprendió a leer y, por cierto, en una escuela oficial. En sus años posteriores habría de dar sentido universal al consejo materno, y para no andar siempre preguntando, que a esto viene a reducirse fiarse de comentarios y versiones ajenas, el padre Garibay aprendió también a leer latín, griego, hebreo, francés, italiano, alemán, inglés, náhuatl y otomí. Leyendo por sí mismo algo de lo que en esas lenguas está escrito, iba a convertirse con los años en humanista, hebreólogo y helenista y, por encima de todo, en descubridor del legado literario de los antiguos mexicanos.

Don Manuel Garibay, el padre y sostén de la familia, murió cuando Ángel María tenía sólo seis años. La familia quedó en condiciones bien difíciles y tuvo que pasar a vivir con la tía Romualda Garibay, que tenía un pequeño rancho en las cercanías del Molino de Bezares. Ángel María continuaba yendo a la escuela primaria y ayudando a su familia en los trabajos del rancho.

A mediados de 1906, cuando contaba catorce de edad, el joven Garibay decidió seguir la carrera eclesiástica. Bastante enfermizo, tuvo que ser examinado por un médico. La sentencia del galeno fue que si entraba al seminario, se volvería loco. Ángel María desoyó el consejo y a los setenta años de edad lo comentaba con regocijo:

Loco o no, aquí me tiene usted trabajando. El consejo que a mí mismo me di y que siempre he practicado, ha sido el de que si en vez de trabajar, descanso, más que enloquecer, me muero.

El tiempo de su formación sacerdotal en el Seminario Conciliar de México fue para él doblemente fecundo en experiencias. Por una parte, era ése un momento histórico decisivo en la vida de México. Eran los años de la Revolución. El estudiante Garibay siguió con profundo interés los diversos hechos y episodios de la misma. Pero, por otra, fue también entonces cuando pudo acercarse por primera vez

al mundo de los clásicos griegos y latinos, al estudio de la literatura y de la historia, de la filosofía y la teología. Fue cuando se despertaron en él los ideales que habría de cultivar el resto de su vida. En el seminario fue nombrado bibliotecario. Aprovechando esto, se pasaba largas horas leyendo toda clase de obras, en especial durante los meses en que se suspendieron las clases debido a los trastornos que traían consigo los hechos de armas de la Revolución. Precisamente por ese tiempo comenzó el padre Garibay a interesarse por la lengua y la cultura náhuatl. Su actitud primera fue la duda: ¿sería posible realmente conocer algo del legado intelectual del México antiguo? En la biblioteca del seminario se conservaban reproducciones de algunos códices y de manuscritos en idioma indígena. Sin auxilio ajeno, Garibay comenzó a poner en práctica el consejo materno, aplicado esta vez al caso del náhuatl: comenzó a estudiarlo para ver qué decían los manuscritos.

Durante estos años de estudiante se cimentó para siempre su vocación de humanista. Poco más o menos a la mitad de su carrera sus superiores quisieron enviarlo a Roma para que continuara allí sus estudios. La respuesta de Garibay fue decisiva:

Estar en Roma significaría para él una presión exterior que podría forzar su libertad. Aún no estaba seguro sobre si debía continuar o no la carrera eclesiástica. No quería que las circunstancias exteriores afectaran su determinación personal.

De hecho, el padre Garibay no fue nunca ni a Italia, ni a ningún otro país, ya que siempre permaneció en México. Oportunidades de viajar no le faltaron. Numerosas veces fue invitado a visitar diversos países de Europa, incluyendo a Rusia. Pero, al igual que Sócrates, que no se alejó nunca de su ciudad natal, o que Kant, que permaneció siempre en Prusia, el padre Garibay no viajó más allá de unos cuatrocientos kilómetros de la ciudad de México en cualquier dirección. Con su pensamiento y sus estudios se acercó a culturas que han florecido en los más distantes tiempos y latitudes, pero físicamente tuvo siempre sus raíces en la región central de México.

Labor de misionero

El 28 de octubre de 1917 se ordenó de sacerdote. Un mes más tarde iba a comenzar sus labores, que recuerdan las de varios misioneros eximios como Motolinía, Sahagún y Durán, cuyas obras había de estudiar y en cierto modo emular. Primero fue a Xilotepec, en

el estado de Hidalgo, en donde estuvo hasta marzo de 1919. Fue entonces cuando comenzó a aprender el otomí y a recoger textos y tradiciones en esa lengua. En 1919 tuvo que interrumpir sus labores de misionero al ser nombrado profesor del seminario. Cinco años permaneció allí y pudo formar a una generación de estudiantes, ya que, en vez de enseñar siempre los mismos cursos, acompañó a sus discípulos a través de los cinco años, desde los principios de la gramática latina y griega, hasta las humanidades y la retórica. Entre sus discípulos se cuentan hombres bien conocidos: don Sergio Méndez Arceo, doctor en historia y obispo de Cuernavaca, el licenciado y escritor Guillermo Tardiff, el académico e historiador padre Octaviano Valdés. Todos ellos guardan grato recuerdo del maestro Garibay. Por encima de todo, fue él, y continuó siéndolo en la Universidad Nacional, el hombre que supo despertar vocaciones y que puso siempre el acento en los valores propios y en las raíces de la cultura en México.

De 1924 a 1941 volvió el padre a su vida de párroco misionero. Primero fue San Martín de las Pirámides, después Huizquilucan, más tarde Tenancingo y finalmente Otumba. Al igual que sus predecesores, los misioneros humanistas del siglo XVI, él también aunó sus labores eclesiásticas con el interés por comprender el alma indígena y el empeño por introducir mejoras sociales y económicas en las diversas comunidades donde le tocó trabajar.

Muchas anécdotas podrían referirse acerca de su vida de párroco durante diecisiete años. Entre otras, vale la pena recordar las palabras de gentes sencillas que decían:

Parece que este padre no ha terminado sus estudios, porque siempre lo encontramos leyendo en sus libros, haciendo preguntas y tomando notas...

Pero si el padre Garibay estudiaba en los libros y recogía tradiciones y leyendas, todo ello iba dirigido a adentrarse más en la realidad y los problemas del mundo indígena. Le preocupaba no sólo su bien espiritual, sino también su mejoramiento material. Estando en San Martín de las Pirámides, no descansó hasta conseguir en beneficio del pueblo la introducción de agua potable. En otros lugares, reunía también a los campesinos jóvenes para enseñarles diversas técnicas que podrían ayudarlos a mejorar sus cultivos y pequeñas industrias.

Fue precisamente durante el tiempo de su acción como párroco misionero, cuando profundizó aún más en el estudio de los idiomas otomí y náhuatl. En su aislamiento de lugares como San Martín y

Otumba continuaba por la noche el estudio de códices y manuscritos, en los que se conserva el legado cultural del mundo precolombino. Perfeccionó al mismo tiempo el conocimiento de otras lenguas necesarias para el estudio de las culturas clásicas. Poseyendo el francés, el italiano, el alemán y el inglés, a pesar de hallarse apartado en apariencia del movimiento científico y literario, estaba al tanto de las investigaciones más recientes, gracias a las revistas y libros que recibía.

Siendo todavía muy joven habían comenzado a escribir en varias revistas. Su primer artículo apareció en 1913 en una publicación de aquella época, *Lábaro*. Trataba en él de la figura de Federico Ozanam, el célebre filántropo y pensador francés. Más tarde publicó varios poemas y artículos, entre otras, en la revista *El estudiante*, que dirigía don Julio Jiménez Rueda. En 1932 apareció una publicación suya un poco más amplia. Fue el *Poema de los árboles*, que reflejaba la finura y sensibilidad de su espíritu. Vinieron luego sus colaboraciones en la revista *Abside*, dirigida por dos discípulos suyos, los prematuramente desaparecidos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte. En *Abside* dio a conocer por vez primera algunas traducciones de poesías y cantares del mundo náhuatl. Poco después salieron a luz, como un símbolo de su profunda actitud humanista, dos libros suyos en verdad importantes: *La poesía lírica azteca* (Bajo el Signo de Abside, México, 1937), y su versión directa y en verso de la *Trilogía de Orestes*, de Esquilo (publicada igualmente "Bajo el Signo de Abside").

Estando en Otumba recibía el padre Garibay la visita de amigos y conocidos, entre ellos varios maestros de la Universidad Nacional, como los doctores Justino Fernández, Edmundo O'Gorman y Agustín Yáñez. Gracias a las gestiones que realizó este último, apareció en 1940 publicada por la Imprenta Universitaria, la primera edición de su *Poesía indígena de la altiplanicie*, obra clásica que ha alcanzado muchas reimpressiones. Igualmente, y con pie de imprenta de Otumba, salió también ese mismo año de 1940 su *Llave del náhuatl*, obra que ha servido a muchos estudiosos como instrumento para aprender la lengua de los antiguos mexicanos.

Villa de Guadalupe y la Universidad

Un año más tarde, en 1941, la vida del padre Garibay iba a cambiar en su aspecto externo. Nombrado Canónigo Lectoral de la Basílica de Guadalupe, tuvo que abandonar las comunidades indígenas donde tantos años había pasado. Su oficio principal en la Basílica iba a ser

desde entonces el estudio y explicación de la Biblia. Fruto de esa nueva ocupación fueron centenares de lecciones sobre las escrituras sagradas, así como una versión, desgraciadamente inédita, de varios textos bíblicos, a partir de las lenguas originales, hebreo, arameo y griego. A todo esto hay que añadir los comentarios filológicos e históricos, con apoyo en los autores de la antigüedad clásica, que preparó acerca de esos textos de la Biblia. Entre sus comentarios, reunidos en más de veinte volúmenes, se encuentran estudios verdaderamente magistrales, como el que se refiere al libro del *Eclesiastés*, en el que analiza el pensamiento del sabio hebreo que supo captar y expresar los problemas del existir humano y del enigma de Dios.

Pero siendo, como lo repetía el mismo padre, el estudio de la Biblia su oficio principal, encontró siempre tiempo para continuar sus trabajos acerca del mundo indígena. Alejado de reuniones sociales y cocteles, y con supuesta fama de personaje solitario y de trato difícil, pero teniendo siempre abiertas sus puertas a sus discípulos y a todo aquel que buscaba su consejo o ayuda, pasó los últimos veintisiete años de su vida, consagrado enteramente al estudio y a la investigación.

El único contacto que mantuvo permanentemente Garibay a través de todos estos años fue el de su vinculación con la Universidad Nacional de México. Como dijimos, desde 1940 empezó a publicar sus estudios sobre el mundo náhuatl en la Biblioteca del Estudiante Universitario. En 1951, con ocasión del cuarto centenario de la Universidad Nacional, recibió, junto con otros cinco mexicanos ilustres, como justo reconocimiento a sus labores, el grado de Doctor *Honoris Causa*. Un año más tarde fue nombrado Profesor Extraordinario de la Facultad de Filosofía y Letras y, a partir de 1956, fue director del Seminario de Cultura Náhuatl, dentro del Instituto de Historia de la propia universidad.

Copiosas publicaciones

Trabajador incansable, publicó varias obras fundamentales. Entre ellas están su *Épica náhuatl* (Biblioteca del Estudiante Universitario, 1945); numerosos textos de los informantes indígenas de Sahagún, aparecidos en forma no interrumpida en la revista *Tlalocan*, desde el año de 1943, hasta el de 1957. Pero, entre todos estos trabajos destaca sin duda la monumental *Historia de la literatura náhuatl*, publicada por la Editorial Porrúa, en dos gruesos volúmenes (1953-1954). Magistralmente estudia en ella Garibay los diversos aspectos de la producción literaria de los antiguos mexicanos: la poesía reli-

giosa y lírica, los himnos épicos, la poesía dramática, las diversas formas de prosa, entre las que descuellan los *huehuetlahtolli* o pláticas de los ancianos, los textos históricos e imaginativos, sin descuidar la producción en la misma lengua náhuatl, después de la Conquista, hasta el año de 1750. Todo esto presentado con sentido humanista, con apoyo en fuentes de primerísima mano y sirviéndose de las traducciones preparadas por él mismo.

La publicación de estas obras vino a desvanecer ya por completo la vieja objeción, hecha desde el siglo xvi a fray Bernardino de Sahagún. Sostenían algunos que los textos y composiciones atribuidas a los antiguos mexicanos eran en realidad invenciones, si se quiere de gran valor literario, pero invenciones al fin. La respuesta del padre Garibay fue mostrar los documentos mismos y hacer ver la fidelidad de sus traducciones de los textos indígenas. Con una sonrisa burlona, acompañada de un chispazo de sus ojos de mirada profunda, comentaba Garibay estas objeciones con las siguientes palabras:

Ojalá que yo hubiera inventado estas composiciones; desgraciadamente sólo las he traducido...

Para Garibay traducir, analizar y comentar un texto jamás fue mera empresa de erudito ni ecuánime exhumación de antigüedades. En verdad creía y tenía su corazón puesto —como hombre abierto a todos los rumbos de la cultura— en el *logos* griego, *verbum* de los romanos o *tlahtolli*, la palabra, de los pueblos nahuas. Pero su palabra y *logos* fue siempre mucho más que razón pura, elucidación literaria o mero discurrir para hacerse acreedor a títulos de científico y sensato. Era la suya un alma atormentada. Él mismo levantó alguna vez un poco el velo de su propio misterio; así, cuando ingresó en la Academia Mexicana de la Lengua, al hablar de la verdad de la ficción en torno a las andanzas de Quijano el bueno, expresó:

No suenen iconoclastas mis reflexiones. La negación de la primacía de una facultad, que en un momento de evasión puso Aristóteles como constitutivo de la esencial humanidad, no es sino el reconocimiento, amargo, si se quiere, de la realidad de la vida. No es el hombre un *zoón logikón*, animal racional: es un *zoón fantastikón*, animal imaginativo...

¿Seguir, quizá, las normas del Canónigo? Razón, pura razón, estéril, aunque razón sensata. Puede ser una meta a qué aspirar: nunca será camino que recorrer. El menos racional de los seres es el hombre...

No estoy con mi colega, el Canónigo de Toledo, y desdeño sus rígidas limitaciones.

Yo, que siempre he soñado, que alguna vez he combatido, que jamás ceso de estar anhelante de la inasible belleza, de la remota verdad, apenas entrevista; yo, señores académicos, anhele estar siempre al lado de don Quijote...¹

Por eso, de él mismo, diré lo que escribió a propósito de Platón y del autor del *Eclesiastés*: "Era más poeta que razonador, lo cual es un elogio".² Anheloso de la remota verdad, encontraba en el mundo de los clásicos la ocasión propicia de hacer de los textos pretextos para pensar y sentir más hondo. Pulir traducciones era para él repensar y revivir en su ser el atisbo ajeno, comulgar como poeta con lo que otros rostros y corazones dejaron dicho, aquí y allá, sobre el antiguo y siempre renovado misterio del existir humano en la Tierra.

Su *logos*, palabra y verdad, lejos estuvo de ser un eco. La versión y el comentario de sus antiguos textos traían consigo el hálito de su alma de poeta. Desde su preciada soledad hablaba, convertido en nueva manera de profeta, para hacer revelación contemporánea de antiguas palabras, plenitud de vida. La sabiduría de los nahuas, de Israel, Grecia, Roma, Hispania y Anáhuac, afloraron así una vez más, con la fuerza del mensaje universal en la circunstancia de los hombres de aquí y de ahora. Olvidar todo esto sería no comprender la obra del padre Garibay. Y casi tantas muestras podría dar de lo que he dicho, cuantas fueron las páginas que nos dejó.

Su acercamiento al alma griega

Quiero sólo traer ahora al corazón unos pocos de esos textos que su afinado repensar rescató para nosotros. A varios años ya de su partida evocaré las palabras del heleno, el náhuatl y el judío, hechas ya carne de su carne y sentimiento de su alma. He aquí un fragmento del diálogo de voces y tiempos tan distintos. Él lo vivió en soledad; y ésta fue también su poesía y la verdad de su *logos*. Lo que para él fue meditar, para nosotros será reencuentro, porque quien hizo rescate del verbo de los sabios, quiso dejárnoslo con la sencillez que sólo el amor engendra.

¹ *Realidad de la ficción*, discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua, México, Bajo el Signo de Abside, 1954, p. 20 y 22.

² *Sabiduría de Israel, tres obras de la cultura judía*, México, Porrúa, 1966, p. 14.

De la versión de su Sófocles oigamos al coro que, contemplando a Antígona, ahonda en su canto sobre la condición de los mortales:

Muchos misterios hay: de todos los misterios, el más grande es el hombre.

Puede él surcar el mar grisáceo y llegar a la opuesta orilla empujado por las revueltas olas. Nada importa que bramen ellas, ni que enfurezca el Sol sus ardores. Marcha seguro y llega a donde intentar pretendía. Hay un ser sólo que puede torturarlo. Es la tierra madre. Es ella incansable, es indomable, pues prodiga, año tras año, innúmeras cosechas a su labor. Pero él con su arado, en interminable afán, la labra y recoge de ella el don que aviva, y la fatiga con el trabajo de los caballos.

Pero puede también el alado ejército de los pájaros que sin cesar agitan la cabeza atrapar y encerrar dentro de sus trampas. Como a los peces habitantes de las aguas, que cautivan en sus redes. ¡Ingenioso es el hombre...!

Y la palabra y el pensamiento que vuelan como el viento y las leyes que rigen las ciudades, él solo sin maestro las ha aprendido. Y supo hallar también defensa contra las flechas que le lanza el frío insoportable, o los duros azotes de la lluvia. Para todo halla recursos y remedios. Nada que traiga el futuro incierto podrá superarlo.

Un solo ser resulta para él irreductible. No tiene un sortilegio con que lo rehúya. Es el Averno, en que la muerte lo arroja, por más que para vencer las dolencias, aun las más reacias, tenga remedio y medicina.³

Para el ingenioso y libre griego,preciado era surcar el mar grisáceo, recoger de la Tierra el don que aviva, ser dueño de la palabra y el pensamiento que vuelan como el viento. Pero él también entrevió el misterio, y de todos, el más grande, el que descubría en sí mismo. Como lo expresó en nuestra lengua Garibay: "un solo ser resulta para él irreductible... es el Averno, en que la muerte lo arroja..."

Su gran contribución, en lo que se refiere a la literatura griega, es la versión y el estudio que hizo de los tres grandes dramaturgos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, y de las comedias completas de Aristófanes. Hasta donde alcanzo a saber, ha sido el único, entre los que hablamos castellano, en realizar individualmente esta empresa de conjunto y tan admirable.

Diversos estudiosos españoles e hispanoamericanos habían estudiado y traducido las obras de uno o de otro de estos creadores del

³ Sófocles, *Las siete tragedias*, introducción y versión directa del griego por Ángel María Garibay, México, Porrúa, 1962, p. 193-194.

teatro griego, pero el padre Garibay llevó a cabo la versión directa de la totalidad de las obras, tragedias y comedias de los tres dramaturgos y de Aristófanes. Es interesante añadir que sus versiones expresamente las dedicó a la juventud mexicana, a los estudiantes y al pueblo; por ello rehuyó en sus traducciones cualquier forma de lenguaje complicado; basta con leer una de las comedias de Aristófanes traducidas por él, para ver cómo la obra del genial griego pudo expresarse para siempre en nuestro castellano popular, anecdótico y cotidiano.

El legado del México antiguo

El hombre de Anáhuac a su modo gustó de lo bueno y lo recto, las flores y los cantos, pero, quizás más aún que el heleno con obsesión vivió el misterio del acabamiento de los soles y los mundos, de los rostros y los corazones. Quien nos volvió asequible la sabiduría de los griegos allegó también para nosotros los jades del pensamiento náhuatl:

Vano empeño, ya tomas tu enflorado atabal,
esparces, riegas flores:
¡se marchitan!

Nosotros también cantos nuevos
elevamos aquí;
también las nuevas flores
están en nuestras manos:
¡Deléitese con ellas el grupo de nuestros amigos,
disípese con ellas la tristeza de nuestro corazón!

Nadie se deje dominar de la tristeza,
nadie ponga su pensamiento en la Tierra:
¡Aquí están nuestras flores y nuestros bellos cantos!
¡Deléitese con ellos el grupo de nuestros amigos,
disípese con ellos la tristeza de nuestro corazón!

Prestada tenemos tan sólo la Tierra, oh amigos,
hemos de dejar los bellos cantos,
hemos de dejar las bellas flores.

Por ello me entristezco en mi canto al Sol.
Hemos de dejar los bellos cantos,
hemos de dejar las bellas flores.⁴

⁴ Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa, 1953, t. I, p. 184-185.

Alegría de los amigos, sacrificios a los dioses, simbolismo a la manera tolteca; pero también tristeza, aflicción desgarradora, porque como el griego sabe que su destino será el Hades, también entrevé el náhuatl que, sin flores y cantos, tendrá que marchar al *Mictlan*, la región de los muertos, el país de los descarnados. Muchas horas de su fecunda existencia consagró Garibay al rescate de la poesía náhuatl, las crónicas, los *huehuetlahtolli*, testimonios de la "antigua palabra" y asimismo, en forma directa, a las obras extraordinarias de quienes fueron precursores suyos en el acercamiento al alma de Anáhuac. Me refiero a varones tan eximios como fray Bernardino de Sahagún, fray Andrés de Olmos y fray Diego Durán. De ellos, y de las creaciones del hombre indígena, rescatadas en su propia lengua y puestas luego en vigorosa expresión castellana, aprendió Garibay a valorar la riqueza del legado de los antepasados indígenas. Por eso, tantos afanes dedicó a su magna labor de rescate.

Fecundos ciertamente fueron los años que laboró en la Universidad Nacional. Como privilegio extraordinario tendré siempre el de haber participado con él en las tareas del Seminario de Cultura Náhuatl, en el Instituto de Investigaciones Históricas. Por una parte prosiguió allí en su empeño de transmitir sus conocimientos a cuantos se acercaban a él. Por otra, sacó a luz buen número de publicaciones de singular importancia. Mencionaré los dos volúmenes que dedicó a ofrecer la paleografía y versión castellana de textos de los informantes de Sahagún, con notas y comentarios: *Veinte himnos sacros de los nahuas* (1958) y *Vida económica de Tenochtitlan, pochtecáyotl, arte de traficar* (1961). *Opus magnum* fue emprender la presentación, con criterio a la vez filológico y humanista, de buena parte de la poesía náhuatl de la tradición prehispánica.

Tal empresa la llevó a cabo a partir de 1963. Su propósito era disponer la edición completa de cuantos textos pudo allegar con muestras de la poesía de los antiguos mexicanos. En 1964 vio publicado un primer volumen con el texto íntegro, paleografía y versión al castellano, de la obra que se conoce como *Romances de los señores de la Nueva España, manuscrito de Juan Bautista Pomar*. Muy poco después, en 1965, sumó al anterior otro volumen que incluía la primera parte del texto náhuatl con traducción castellana de *Cantares Mexicanos, manuscrito de la Biblioteca Nacional de México*. De aparición póstuma fue el tercer volumen de su *Poesía náhuatl*, con otro conjunto de poemas relacionados con las representaciones dramáticas en las fiestas. Dicho volumen, con textos también de *Cantares Mexicanos, manuscrito de la Biblioteca Nacional de México*, vio la luz en 1968.

Sólo la muerte pudo impedir al maestro Garibay la realización íntegra de sus deseos, o sea el rescate completo de la poesía náhuatl.

No siendo propósito de esta recordación ofrecer el largo elenco de su bibliografía, me limito a mencionar sólo su permanente interés y sus siempre valiosas contribuciones en los siete primeros volúmenes de *Estudios de cultura náhuatl*, publicación en la que también tuve la fortuna de laborar a su lado. El último de sus trabajos en dicha serie fue el comentario y la edición del *Códice carolino*, con importantes adiciones a la primera edición del *Vocabulario*... de fray Alonso de Molina, la de 1555.

La sabiduría de Israel

El padre Garibay, que así ahondó en creaciones —las de griegos y las de nahuas— tan distintas, aunque afines por humanas, quiso acercarnos también a la intuición que llamó “sabiduría de Israel”. Los textos que escogió y tradujo del hebreo al castellano son igualmente diálogo del corazón, contraste de luz y tinieblas, divinas palabras y fe que también es misterio. El mensaje del pueblo escogido, aunque diferente, no es opuesto a la afirmación del *logos* griego, de la *diké* que es la justicia y de la *eufrosine*, el anhelo de gozo pleno. También las flores y los cantos, el deseo de la amistad, el temor a la muerte, y, por encima de todos los dioses, la figura de *Tloque Nahuaque*, *Moyocoyani*, el Inventor de sí mismo y dueño del cerca y del junto, hubieran tenido un sentido para el seguidor de *Jahvé*. Del libro de *Qohélet*, que llamamos *Eclesiastés*, hizo traducción Garibay y para nosotros continuó el diálogo universal y de verdad humano.

Dulce es, empero, la luz y grato a los ojos ver al Sol;
aun cuando viviere el hombre muchos años y en todos ellos
gozare, recuerde los días de tinieblas, que serán muchos,
y cuando acaeciére, será vanidad...

Acuérdate de tu creador
en los días de tu juventud, antes que venga el
tiempo malo y se acerquen los años de los cuales habrás
de decir “¡No hay en ellos placer para mí!”

Antes que se entenebrezca el Sol,
y la luz y la Luna y las estrellas,
y retornen las nubes después de la lluvia...
y se cierren las dos hojas exteriores de la puerta
y se amortigüe el son del molino,

y se acalle la voz del pájaro
y se debiliten las hijas del canto...

Antes que se rompa el cordel de plata
y se quiebre el vaso de oro
y se despedace el cántaro en el pozo
y se precipite la garrucha en el aljibe.

Y vuelva el polvo a la tierra, cual era antes, y el
hálito vital retorne a Dios que lo dio.
¡Vanidad de vanidades —decía *Qohélet*—, todo vanidad! ⁵

Así puso él a nuestro alcance, vuelta sentimiento de su espíritu, la sabiduría de esas tres formas de vivir y pensar. En nuestra realidad de pueblo mestizo, indígena e hispánico a la vez, lo náhuatl, lo griego y lo judío ciertamente son raíz y antecedente. Para no extraviar el camino, había que volver a los orígenes. Para el común de los mortales sería tarea imposible querer llegar por sí solo, con paso firme y sin rodeos, a mundos tan distintos de cultura. Pero el sabio que escogió para sí la soledad, con el trabajo de una vida hizo posible un nuevo acercamiento. En su obra tenemos, a la medida nuestra, el mensaje de tantas voces. Repensar el antiguo verbo fue su verdad, comunicarlo fue su poesía.

Un atisbo de su propio pensamiento

Quien tuvo tanto que decir, no rehuó expresar también en ocasiones lo que llegó a ser el pensamiento suyo propio. Éste aflora sin cesar en sus introducciones y comentarios, en sus célebres lecciones sacras y profanas, y en multitud de ensayos. A su obra más íntima y personal pertenecen los poemas que escribió y de los cuales sólo unos pocos quiso publicar. Entre ellos están los sonetos que integran su *Poema de los árboles*. Escojo y leo aquel en que canta al ahuehuete, porque tal vez en él está la metáfora de lo que para sí mismo deseaba:

Patriarca de los árboles, tus frondas
sacudidas por vientos milenarios,
asemejan jirones de sudarios
o nupciales, deshechas, blancas blondas.

¿Quién dirá los recuerdos que tú escondas?
¿quién los archivos hallará en tus varios

⁵ *Sabiduría de Israel...*, op. cit., p. 53-54.

enormes troncos? ¿quién en los santuarios
penetrará de tus raíces hondas?

Tú guardas el silencio de los siglos,
de mil razas repites el lenguaje
y, año tras año, inmovible avanzas.

Fingen tus ramas lúgubres vestigios,
mas tu florido trémulo follaje
es un plumón cuajado de esperanzas.⁶

Del maestro que, cumplida con creces su misión en la Tierra, dejó este mundo el 19 de octubre de 1967, bien puede decirse, aplicando a su alma su poema, que fue patriarca entre los hombres. Alma de cristiano, abierta y sacudida por vientos milenarios del bíblico Israel, de Grecia y Roma, de la Hispania y del Anáhuac. ¿Quién dirá los recuerdos que allegó? ¿Quién los archivos y santuarios donde estuvo en busca de raíces?

Reanudando, más allá de nuestra temporal miseria, el viejo y siempre nuevo diálogo con el maestro, quiero terminar diciendo: padre Garibay, tu espíritu, ahora en posesión del *logos*, misterio de verdad y de belleza que a lo largo de tu vida sin cesar buscaste, para nosotros sigue repitiendo de muchos pueblos el lenguaje y, año tras año, en este mundo que has dejado, tu vida y tu obra permanecerán inmovibles como ejemplo de realidad henchida de esperanza.

⁶ Garibay, *Poema de los árboles*, México, 1932, p. 23.